

La Panera

Feliz Navidad

PÁGINAS 4 Y 5

**Aquellos bailes
y verbenas de
los años cincuenta**

PÁGINAS 8 A 11

**"El oficio de tapiar
consiste en pisar
y pisar"**

PÁGINAS 12 Y 13

**El serano o filandón
en Maragatería**

PÁGINA 20

**Picos de Eupora
queridos**

ULTIMO
PREMIO NACIONAL
DE LAS LETRAS

**José Luis
Sampedro**

PÁGINAS 22 Y 23



Junta de
Castilla y León

EJEMPLAR GRATUITO

Edita:

Gerencia de Servicios Sociales
de Castilla y León.

Equipo de Redacción:

Pablo Barrio García,
Prisciliano Castillo Arredondo,
Nely García,
Emilia González Álvarez,
María Gloria Lombana,
Ángeles Tascón Cuesta,

Coordinación:

Mercedes González Rojo.

Imágenes cedidas por:

Centros de Personas Mayores
León I y León II.,
Marcos de la Cuesta García,
Mercedes González Rojo,
Servi-Escuela.

Diseño gráfico,

Maquetación e Impresión:

RSP Sistemas Gráficos, S.A.

Depósito Legal: LE-1482-2002

Agradecimientos: El equipo de redacción agradece una vez más a cuantas personas colaboran con su material o su trabajo a la consecución de esta nueva revista.

La redacción de la revista no se hace responsable ni está necesariamente de acuerdo con las opiniones que se dan en esta revista.

Editorial

Tiempo de crisis, tiempo de cambios. <i>Por Mercedes G. Rojo</i>	3
---	---

Cultura y tradiciones

DESDE LA TRADICIÓN

Aquellos bailes y verbenas de los años cincuenta. <i>Por Pablo Barrio García</i>	4
La matanza. <i>Por Prisciliano Castillo Arredondo</i>	6
"El oficio de tapiar consiste en pisar y pisar". <i>Por Taurino Burón Castro</i>	8

Opinión y participación

El serano o filandón en Maragatería. <i>Por Luisa Martínez Pérez</i>	12
Las mujeres de las letras leonesas. <i>Por Valseco</i>	14
El inicio de una revista. <i>Por Emilia González Álvarez</i>	15
Nota de participación	15

Salud y calidad de vida

Archivadores de memoria.	16
Ade, yo y la vieja caja de cartón. <i>Por M^a Gloria Lombana</i>	17
Algunos refranes para reflexionar sobre los aspectos de la salud. <i>Recopilación hecha por Fernando Rodríguez Peláez</i>	19

Sección Cultural

PÁGINAS DE CREACIÓN

Picos de Europa queridos. <i>Por Luisa Martínez Pérez</i>	20
¡Silencio! <i>Por Julia Caso</i>	20
Navidad planificada en el Centro. <i>Por Nely García</i>	21
Integración con los tiempos	22

Agenda y datos de interés

OTRAS ACTIVIDADES DE INTERÉS

José Luis Sampedro. Último Premio Nacional de las Letras	22
Eventos literarios para un año que se estrena	23

Tiempo de crisis, tiempo de cambios

Por MERCEDES G. ROJO

Otro año más se nos va. Con él, cambios que se han ido instalando en nuestras vidas para ir transformando un paisaje humano al que ya estábamos acostumbrados. Un año de crisis, de esas que – inevitablemente – transfiguran situaciones y nos hacen mirar al futuro de otra forma. Lo malo es cuando esa forma es negativa porque, entonces, en vez de avanzar nos hundimos en nuestras propias miserias e impedimos que nuestra vida vaya hacia adelante. Y, con ella, todo lo que nos rodea.

Es verdad que toda crisis supone, tal como dicen los diccionarios, un problema, un conflicto, una situación delicada, un cambio importante en el desarrollo de un proceso que da lugar a una inestabilidad. Pero ese tipo de situaciones – aunque no queramos creerlo – cambian, y terminan por superarse, a veces para mejorar la propia situación de partida. Y a ello puede ayudarnos enfrentarnos a la situación con optimismo, con deseo de superación, con ganas de poner de nuestra parte todo lo que podamos para salir del bache, por mucho que nos parezca “pozo” más que bache.

Hay otra acepción lingüística para la palabra “crisis” que es la de “mutación considerable en una enfermedad tras la cual se produce un empeoramiento o una mejoría”. Haciendo un ejercicio metafórico, podemos imaginarnos nuestra sociedad como un gran cuerpo que sufría una grave dolencia, un padecimiento que nuestros excesos diarios le han ido provocando día a día: vivir por encima de nuestras posibilidades, tirar de sus recursos sin tener en cuenta que estos tienen un límite, hacer oídos sordos de los síntomas que desde hace tiempo nos indicaban que la situación empeoraba... Hasta que la enfermedad termina por hacerse visible y esas pequeñas señales de atención se juntan provocando esa “crisis” que obliga al cuerpo a reaccionar de una forma u otra. Y es que la sociedad es ese gran cuerpo en el que cada uno de

nosotros, con nuestras actuaciones diarias, somos una parte esencial, una parte que, concatenada con las demás, conforma toda su realidad. Desde las más antiguas horas de nuestra historia, cada cierto tiempo se producen cambios, llamadas de atención que obligan a depurar ese cuerpo que va enfermando, víctima de la edad y los excesos. Y entonces no solo es precisa la intervención de los médicos para superar la situación, sino la buena disposición del enfermo que hará que cada uno de nuestros miembros, cada uno de nuestros órganos vitales responda de manera positiva para superar la crisis. Una crisis que en muchas ocasiones, al menos durante un tiempo (hasta que de nuevo nos relajemos), una vez superada, nos ayudará a cuidarnos para mejorar nuestra calidad de vida y afrontar el futuro con nuevas energías.

¡Qué voy a deciros que no sepáis! Muchos de vosotros, sin duda, habéis pasado seguramente por alguna situación parecida en vuestra vida y seguís aquí. Volviendo a la sociedad, a nuestra sociedad, la historia nos enseña que ha habido otras crisis, tan graves o más que ésta en la que nos encontramos, que se han superado y que, en la mayor parte de los casos, han traído asociadas mejoras para el funcionamiento de la misma.

Es verdad que hemos de ser conscientes de que vivimos tiempos difíciles. Pero la misma medicina nos enseña que el primer paso para hacer frente a una enfermedad es asumir su existencia para, después, desear con todas nuestras fuerzas superarla. Y ese deseo de superación va a hacer por nosotros, casi siempre, mucho más que la propia medicina.

Por tanto, apliquémonos el cuento. Veamos en esta crisis de hoy una posibilidad de recuperar los valores perdidos, el deseo de superación, nuestra capacidad de solidarizarnos con los demás... Dejemos de quejarnos y pongámonos manos a la obra, recordando que “la esperanza es lo último que se pierde”.

Aquellos bailes y verbenas de los años cincuenta

Por **PABLO BARRIO GARCÍA**

El recuerdo viene a nosotros cuando menos se espera y, en ese momento, revivimos de nuevo aquellos años de juventud que, bien o mal, tuvimos la suerte de disfrutar.

A mí me vino a la memoria, pasando por la calle de La Paloma de nuestra ciudad, la sala de baile que en los años cincuenta del siglo pasado había en la citada calle. No lo recuerdo exactamente pero pudiera ser que se llamase "El Recreo Industrial" o algo parecido. Los más "señoritingos" o que podían ir a otros bailes más de moda, llamaban a aquella sala despectivamente "El pulguero". Ignoro el motivo del apodo puesto que se trataba de una sala con su "bastonero" y todo, personaje que se encargaba de recorrer, con su vara larga, toda la sala al objeto de que las parejas no se juntasen demasiado y separarlas si era menester. Había que defender las buenas formas en aquellos tiempos.

Por aquellos años en León y sus alrededores proliferaban las salas de baile. No voy a mencionar los bailes que para sus socios organizaba, por ejemplo, el Casino o algún otro centro de élite. Para un servidor aquello estaba demasiado alto. Recordaré solo algunas de las salas donde íbamos los muchachos normales y con pocos recursos económicos.

Aparte de la mencionada sala existía otra, ya más moderna, que estaba en una travesía de la Avenida del Padre Isla y que se llamaba

"Jarís". Tuvo tal éxito que pudo ser la causa del cierre de "el pulguero", no lo sé. El caso es que todos mis amigos y yo fuimos asiduos clientes de la nueva sala. Acaso el éxito se debió, ahora recordándolo en la distancia, a que en la misma no había bastonero...

En las afueras de la capital o pueblos cercanos también había salas de baile (y también sin bastonero por supuesto), como por ejemplo en "El Paraíso" que estaba muy bien pues parecía que era algo más elitista.

En alguna ocasión fuimos al baile a Trobajo. Era distinto. Por esa estúpida pizca de vanidad que uno siempre tiene, al ser de la capital pensábamos que en el pueblo ataban los perros con longanizas y todo el monte era orégano... Lo mismo que, ya más tarde, en el "Balansé" de Villaobispo y en otros que siento no recordar en este momento.

El caso es que nuestra diversión, al menos en mi caso, aparte de algunas partidas al fútbol en un bar de la calle Cervantes (creo que donde hoy está el Camarote Madrid), se basaba en el baile.

No puedo dejar de mencionar dentro de estos recuerdos las verbenas que los diferentes barrios de la ciudad organizaban con motivo de sus fiestas. Era la más pura exaltación de una costumbre que, quien la hubiese ideado, acaso pensase paliar en parte la falta de

libertad que se padecía, sobre todo en la cuestión moral y de sexo.

En algunos barrios como el de Santa Marina, si había suerte y se ligaba con alguna chica, se la podía invitar a los churros que vendían. Luego sonaba la música, a base de pasodobles y boleros principalmente, y a bailar bien agarraditos. En algunos sitios, como en el barrio del 18 de Julio, (hoy Padre Isla) justo en la confluencia con la Avenida de Álvaro López Núñez, en ocasiones había que dejar pasar a los pocos coches que entonces circulaban por la ciudad, y menos a aquellas horas.

Las verbenas que más fama tenían, aparte las mencionadas, eran las de El Crucero, la de San Salvador del Nido, el barrio de La Sal, y varias de ellas que, dado el tiempo transcurrido no recuerdo exactamente.

Lo que sí recuerdo es que aquella música enlatada servía para distraer a una juventud ansiosa por pasar un rato en compañía de sus amigos y amigas, si se terciaba.

Con el paso de los años, tanto las verbenas como las salas de baile con aquel estilo, han desaparecido, y hoy, en la nostalgia, uno piensa si no serían mejores tiempos a pesar

de ser únicamente música de algún tango, boleros y pasodobles. Como aquel que no podía faltar en ninguna verbena haciendo propaganda de la tableta Okal...

*La tableta Okal es hoy el remedio más sencillo
Yo a ninguna parte voy sin llevarla
en el bolsillo*

Y cuando emprendo un viaje...

Por lo que pueda pasar

Al hacer el equipaje meto la tableta Okal

Okal, Okal, Okal es lenitivo de dolor

Okal, Okal, Okal es un producto superior...

De tanto oírlo tenías que aprenderlo a la fuerza. Y se seguía bailando soñando con tu pareja, si era novia el día que pudieses casarte y, si no lo era, cuándo podrías robarle un beso y decirle que podríais ser novios...

Recuerdos de unos tiempos que, como diría Perogrullo, no fueron ni mejores ni peores sino pasados.



La matanza

Por **PRISCILIANO CASTILLO ARREDONDO**

Por estas fechas se hacía; *“A todo gocho le llega su San Martín”*.

Para mí no era muy agradable el día de la matanza. Hacía mucho frío siempre. Había que estar allí, en el corral o en el portalón, ateridos, con las manos en los bolsillos y los pies doloridos y casi insensibles por el frío.

Se preparaba el cuchillo afilándolo bien; los baldes bien lavados y con agua caliente en abundancia; el banco especial que se tenía para este menester también lavado; las cazuelas preparadas y ... ¡hala! ... a por el gocho. Parece que ya sospechaba algo. Cuando se entraba en la cuadra, se arrimaban a las paredes sin querer salir; le agarraban unos por las orejas, otros por el rabo y ya empezaba a gruñir; se le obligaba a andar hasta donde estaba el banco y, cogiéndolo por las patas, se le tumbaba encima.

Últimamente mi padre lo hacía dejándolo de pie. Cogía el cuchillo, se hacía una cruz con él donde se le iba a clavar; alguna mujer ya ponía un cacharro debajo; los que lo tenían sujeto, lo agarraban con fuerza y ¡plaf!, con un golpe seco se metía el cuchillo hasta el mango. Un fuerte chorro de sangre salía por entre las manos y el cuchillo, que siempre salpicaba fuera del cacharro; los gruñidos del gocho subían de tono y los estribijones eran más fuertes, por lo que había que sujetarlo con fuerza y con cuidado. Alguna vez a alguien se le escapó una pata y pegó un buen arañazo o le dio un mal golpe al que pilló por delante. Se dejaba que sangrase un buen rato, durante el cual seguía gruñendo que se oía en todo el pueblo y así se sabía dónde había matanza. Se seguía recogiendo la sangre y, cuando se llenaba un cacharro, en

seguida se ponía a la cocina para cocerla antes de que se coagulase. Mientras tanto el gocho se había meado y *demás*. Siempre había algún simpático que decía a algún chaval: *“oye, rapaz, ¿quieres chorizo de banco?”*.

Al final ya, el chorro de sangre disminuía, los gruñidos se iban debilitando. Entonces se le clavaba el cuchillo directamente en el corazón para que muriese rápido y sufriera lo menos posible. Después se metía un trozo de berza en el agujero para que no saliera más sangre.

Ya en el suelo se le cubría con cuerno y se prendía fuego. Mientras ardían las pajas que estaban encima, todo el mundo cogía un puñado del cuerno; iban pasándolo por las partes donde más pelo tenía o donde no llegaba fácilmente la llama, como dentro de las orejas, debajo de las patas, debajo del rabo, el extremo de las patas, etc.. Se procuraba quemar los pelos o cerdas, pero que no se quemara la carne; aunque no se podía evitar que en más de alguna parte se formaran burbujas y ampollas. Se le quitaban las uñas todavía humeantes; los rapaces las cogían para morder la parte superior que se puede roer, procurando no quemarse. Como entonces no había *chuches* ni nada que se le pareciera, aquello no sabía mal y no todos los días lo había. Se daba la vuelta al gocho para que no quedara ni una pizca de piel sin chamuscar; al olor de todo lo que había echado el gocho, se unía entonces el de la carne y pelos chamuscados; y el humo, que siempre iba para donde estabas tú, bizqueando, con los ojos llenos de humo, helado por detrás y quemándote las manos. En fin, que la situación no era muy atractiva.

Desde no hace mucho esto pasó a hacerse con gasoil o butano, con unos quemadores especiales, porque ya no es fácil encontrar el cuerno, además de ser más rápido y práctico. Después había que lavarlo y despellejarlo. Con trozos de teja cortante y echando agua caliente, se iba lavando y a la vez raspando la

piel para quitar toda suciedad y las ampollas que se hubieran formado.

Bien lavado y raspado se procedía a abrirlo en canal. Se hacía una gran abertura desde el punto medio entre las patas delanteras hasta el ano sacándole todas las tripas. Se recogían en un balde, humeantes todavía y desprendiendo un hedor fuerte, nada agradable, que se unía a todos los que ya nos rodeaban. Se vaciaba el vientre, se extraían en una pieza los pulmones y el corazón que se colgaban aparte; se vaciaban también el estómago y lo que se pudiera de los intestinos, con lo que la peste se hacía ya insoportable; se sacaba la vejiga y se les daba a los rapaces para que jugasen con ella.

Primero había que sobarla bien con el pie sobre el suelo hasta que fuera perdiendo la grasa que llevaba adherida y se hiciera más flexible. Se la hinchaba a morro como si fuera un globo; se le ataba la salida y ya se tenía para jugar como si fuera un balón o un globo, pues tiene de uno y otro sin ser del todo ninguno de los dos. Como no había otra cosa, ni prácticamente se conocían los balones, nos divertíamos con ella. También se solía usar para hacer zambombas, instrumento musical con el que se acompañaban los villancicos en Navidades.

Se cortaba un buen trozo de tocino para echarlo ya al puchero. Otro olor que a mí nunca me gustó, el del tocino reciente. Con un gran esfuerzo, echando todos una mano, se conseguía pesar el gocho con la romana. Se cogía uno de los ganchos de la misma a una maroma, que se había pasado por encima de una viga; con otro gancho se cogía el gocho por el puente que formaban las dos patas de atrás; se tiraba de la soga hasta que el morro no tocara en el suelo; manteniéndolo así se va poniendo el pilón hasta que queda en equilibrio. Es cuando se comprobaba cómo

alguno pasaba de las 21 arrobas, después de haber perdido la sangre y todo el vientre.

Se cortaban unos pequeños trozos de algunos sitios para llevárselos al veterinario. Yo de pequeño decía que por qué tenía que probarlo primero él. Después ya supe que era para que los analizase; no sé si lo haría alguna vez. Por allí nunca se oyó que a alguien le sentara mal, o que le mandara tirarlo porque estuviera mal o tuviera cualquier problema. También se cortaba el culo, el ano y adyacentes, que se usaría durante todo el año para untar las botas de trabajo. Las suavizaba e impermeabilizaba.

Finalmente se tenía preparada una horqueta, que sólo se usaba para esto: una buena tranca terminada en dos ramas en ángulo. Se la metía por entre los huesos que unían las dos patas traseras y se dejaba colgado, poniéndolo así, pinado, en algún sitio donde le diera la helada pero que no pudieran acercarse ni perros ni gatos.

Para comer y cenar teníamos sangre con cebolla, que estaba muy buena, pero cansaba a los dos días. Había quien comía la sangre coagulada cruda, yo la probé pero no me gustaba. Tampoco se hicieron morcillas nunca en mi casa; no sé por qué.

Al día siguiente, ya el gocho bien frío, se *estazaba*, se *troceaba*. A escondidas cortábamos pequeños trozos de carne que poníamos encima de la chapa de la cocina, echándoles un poco de sal, y así comíamos carne a la plancha. Se iba partiendo en distintos trozos que se metían en las artesas. Quitando el tocino y los lomos, todo lo demás se echaba para chorizos. No se dejaban los jamones, se picaba todo. Así se explica que la primera vez que probé el jamón sería en el seminario, donde tampoco abundaba en aquella época.

Luego venía lo de los chorizos. Pero esa es otra historia, que en su momento contaré.

“El oficio de tapiar consiste en pisar y pisar”

Por **TAURINO BURÓN CASTRO**

Es este un dicho poco literario, que oí de un maestro tapiador hace muchos años, que resulta insuficiente para explicar una técnica milenaria, pero nos sirve de introducción, no tanto para intentar una exposición sobre tal oficio, como para plasmar unos recuerdos sobre el mismo, uno más de los que desaparecieron en el siglo pasado.

La actual generación de “mayores” tuvimos experiencias irrepetibles, mal que nos pese; algunas contribuían al sostenimiento económico de la familia, sobre todo en el ámbito rural. Una economía, muchas veces de subsistencia, que hoy serviría de paradoja para comprender los epítetos de “sostenible”, “ecológica”, etc., que se la atribuyen actualmente.

La colaboración de todos los de la casa era obligada en las tareas agrícolas, ganaderas y domésticas, algunas de tanta trascendencia como la construcción de la propia casa o sus dependencias. La edad laboral para los más pequeños y adolescentes entonces no tenía más límites legales que la capacidad de las fuerzas físicas. Por otra parte, las posibilidades eran ilimitadas, puesto que siempre había alguna faena abierta o no concluida, apta para diversas edades: limpiar dependencias de la casa, cuidar ganado, partir leña y un largo etcétera de trabajos estacionales o imprevistos.

Hasta los pequeños colaboraban en la construcción de casas o cercas, que hasta mediados del siglo pasado se edificaban recurriendo

a la tapia o adobe si nos referimos de manera especial tanto a las zonas de ribera como a tierra de Campos (en montaña e inmediaciones se utilizaba el canto rodado, piedra, pizarra o combinados); los medios y contrastes con la época actual no merecen comentarios por ser bien notorios.

Un metro de los de madera y unas cuerdas de algún albañil local eran suficientes para plasmar un “proyecto” o “replanteo” que se limitaba con unas estaquillas sobre el terreno, las cuales guiaban para cavar a pico y pala la caja del cimiento. Seguía el acarreo de canto rodado o “pelado”, que en las riberas bajas lo proveían los “cantuzales” de las orillas del río, renovadas y removidas todos los años por nuevas acumulaciones con grava, arena y otros materiales que arrastraban las avenidas producidas por el deshielo de la nieve. A este trabajo se sumaban los chicos de la casa, puesto que los cantos no debían alcanzar gran tamaño ni ser redondos, a ser posible “pandos”, para que resultara más fácil sobreponerlos y adjuntarlos con barro. No era difícil conseguir los necesarios, pues eran escasas las nuevas construcciones. El esfuerzo mayor frecuentemente se ocasionaba cuando el carro, debido al peso, se “atollaba” y se debía recurrir a liberar parte del cargamento para salir del “atolladero”, que venía propiciado por el terreno movedizo y base freática de las orillas del río.

En la fase siguiente también contribuían los que ya llegaban a doceañeros de la casa. Es-

tos facilitaban al albañil barro y le aproximaban los cantos para el cimient, que solían ser todos de similar tamaño, a no ser los que quedaban soterrados o se colocaban en los extremos, que venían a cumplir como piedras angulares por su mayor volumen. El número de filas era variable y dependía de la naturaleza del terreno, pero no solían sobrepasar las cuatro filas hasta aflorar el nivel del suelo; a partir del mismo, tres o cuatro más exteriores. Sobre la superior se colocaba una gruesa capa horizontal de barro mezclado con paja. Ya se podía iniciar el levantamiento de tapias, una vez seca la superficie y siempre contando con la condición de un clima adecuado.

El segundo componente esencial para construir las paredes consistía en acopiar la tierra necesaria en torno a todo el perímetro de los cimientos, que cuantitativamente era el elemento que exigía mayor esfuerzo. La selección no tenía opción por cuanto se adaptaba a la naturaleza de los suelos de cada lugar: tierra arcillosa, pedregosa, arenosa, etc. Se debía de extraer de alguna "barrera" que no solía faltar en las inmediaciones de los pueblos, produciendo una depresión o espacio donde se originaba una laguna con el consiguiente estancamiento estacional de agua, que en su caso podía servir para fabricar adobes u otros servicios comunes. El topónimo "barreras" sigue siendo común en el entorno de los pueblos, si no se ha perdido, como el de León, situado en El Egido.

El acarreo se solía hacer en el otoño, preferentemente con el fin de que la tierra pasara unos meses a pie de obra para que "cociera" con el único fermento del tiempo y humedad, pues siempre debía de estar sazónada antes de comenzar a tapiar (*si un puñado de tierra bien apretado se dejaba caer al suelo y no se descomponía, estaba en condiciones*), estado que determinaba el "maestro", que

no tenía por qué ser necesariamente albañil profesional, pero sí experto en montar, rellenar y desmontar los "armantes" de los tapias. Debía ser diestro también en el dominio de la plomada, instrumento determinante para garantizar una verticalidad segura y duradera. Los armantes o tapias estaban compuestos por dos tableros rectangulares de dimensiones variables (*el que se muestra en la primera fotografía, de fines del siglo XIX, mide 2,50 x 1,15 mts. x 2 cms. de grosor*). Debían estar sujetas las tablas por fuertes travesaños verticales, pues habían de soportar la fuerte presión horizontal de la tierra apisonada. De esta necesidad nacía que se exigiera madera de fibra resistente, aliso por ejemplo, pero que no curvara, como sucedía con el "negrillo" (*destinado a pisones y travesaños*), puesto que la de pino no se había impuesto por su mayor coste hasta mediados del siglo XX.

La sujeción y verticalidad de los dos tableros era donde el maestro debía entregarse a fondo, máxime cuando el tapial adquiría altura. Para conseguir ambos efectos eran necesarios tres travesaños o agujas horizontales sobre los que se colocaban los dos tableros, que a su vez se sujetaban con los tres laterales (exteriores) que en la parte superior quedaban fijados por otros tantos, pero éstos provistos en uno de sus lados de una muesca o hendidura donde se introducía una cuña que servía para conseguir pequeñas nivelaciones verticales durante el apisonado. Tanto estas tres piezas superiores como las inferiores podrían regularse para un mayor o menor grosor de la tapia, gracias a un clavijero existente en uno de los extremos de las mismas.

Cerrado el cajón por ambas caras frontales con un fuerte tablero o frontal a medida, o en su caso por uno o dos frentes de pared previamente construida (*según se tratara de continuación o final del tapial*), se podía co-



Arriba: Tongadas apreciables en la parte superior del tapial.

Sobre estas líneas: Complementos para sujeción de "armantes" de tapia y pisón.

menzar a introducir tierra para formar la tapia, previa disposición de una fila de cantos rodados que se colocaban sobre la capa final del embarrado del cemento, con el fin de conseguir mayor aislamiento de la humedad que se pudiera transmitir del cemento a la tapia por su permeabilidad. El cajón ya estaba dispuesto para recibir ligeras y sucesivas capas de tierra (8, 10, o más cms.) que se iban apisonando con pisones rectangulares, cuya base era redondeada y más estrecha que la superior, para así facilitar apisonar con intensidad sobre ambos laterales las sucesivas tongadas o capas, tarea propia de mayores experimentados. La sucesión de "cajonadas" horizontales y sobrepuestas formaban los muros deseados del edificio. Siempre se alternaban las hiladas de tal manera que la superior se sobrepusiera a dos mitades inferiores, y que en los extremos se cruzaran con el fin de conseguir mayor ensamblaje y resistencia.

Los huecos de ventanas y puertas se conseguían introduciendo tableros y cargaderos de madera en la parte superior o laterales; otras veces se rellenaban de adobes que posteriormente se retiraban.

La construcción más frecuente era a base de tierra solamente, pudiéndose recurrir a introducir ladrillo en las esquinas alternando con filas o verdugadas a mayor o menor distancia; modalidades que dependían de la disponibilidad económica, de los estilos de cada región o de la habilidad del maestro tapiador.

La colocación de tres traviesas o codales entre ambos tableros en la última capa, una vez desmontados éstos, permitía volver a colocar las agujas inferiores en dichos rebajes para sobreponer de nuevo los "armantes". Las mayores dificultades en este tipo de construcción provenían del grado de altura,

pues en este caso existía una dificultad añadida, que exigía tomar medidas por medio de palancas o escaleras para garantizar la verticalidad, además del esfuerzo superior para elevar la tierra y la inseguridad que suponía para los que trabajaban, tanto arriba como abajo (*normalmente cuatro o más operarios, donde ya no era aconsejable la colaboración de chicos, a pesar que la pretendiéramos*).

Tapiales menos gruesos cercaban huertas, corrales o establos en el campo, donde se solía limitar la altura a una tapia y un "tercial", que consistía en reducir aquel en su altura y espesor, que en este caso, y antes de imponerse la teja, se protegían en su parte superior con "bardas" o albardillas de tapín sobrepuesto a ramas de espino albar u otro arbusto resistente: piorno, retama, urz, etc., según la zona.

La duración de esta construcción era ilimitada en condiciones físicas y de ambiente normales, sobre todo si se protegían los laterales con revoque de barro para evitar que el efecto de lluvias u otros accidentes "escomeran la pared", tarea en que también ayudaban chicos y adolescentes.

Si corriente es que se aluda en los contratos de obra al tapial, es rarísimo que se describa la técnica en las cláusulas de los mismos. Otro capítulo donde se menciona este sistema de construcción se produce en los casos de pleitos, reclamaciones o quejas, con motivo de la construcción, reparación o deterioro de tapias de medianías, que delimitaban casas y otras propiedades.

No hacemos alusión a la antigüedad de esta técnica ni a su extensión y variantes, cuyo conocimiento está al alcance de cualquiera (*podríamos referirnos a la muralla china, la Alhambra de Granada o el más próximo castillo de Toral de los Guzmanes...*).

Señalamos como particularidades leonesas el empleo de las clavijas de hierro en la parte superior e inferior, por no ser citadas en algunos manuales de construcción. También queremos dejar constancia de que a una técnica de construcción, que ya era conocida en el Neolítico, no se le reconozcan actualmente las grandes ventajas que tiene en tantos aspectos; o que en cualquier pueblo de nuestra provincia tengamos que contemplar constantemente el derrumbe de tantas tapias seculares, posiblemente situadas frente a muros de ladrillo, que en los últimos setenta años han cambiado el paisaje mimetizado que tenían los pueblos con su denominada pomposamente "arquitectura rural". Hoy es bien conocida la gran contaminación que origina la fabricación del ladrillo frente a la nula del tapial, que en la actualidad ha llegado incluso a infectar y carcomer las economías domésticas.

Técnica olvidada e inviable actualmente la del tapial. Sin embargo, se sigue contaminando tierra, mar y aire con los efectos de la introducción de técnicas de construcción llamadas sostenibles, bioclimáticas, etc.



Metro, plomada y nivel, instrumental imprescindible para el maestro tapiador.

El serano o filandón en Maragatería

Por LUISA MARTÍNEZ PÉREZ

En los pueblos de la sierra el invierno era largo, comenzaba en octubre y terminaba en marzo.

Aquí en nuestra ciudad, tan querida de León, tienes la oportunidad de poder vivir mejor.

Los jóvenes trabajando ya no paran ni un momento, los que estamos jubilados ya tenemos nuestros centros.

El Hogar San Isidoro totalmente gratuito y si quieres tomar algo se adapta a tu bolsillo.

Puedes hacerte el carnet y en septiembre tu matrícula también tienes que elegir qué actividad te gusta.

Sí pasas por un momento que necesitas ayuda acude a sus oficinas en ellas te ayudarán con aprecio y ternura.

Hasta los ochenta años nuestros abuelos queridos tenían que trabajar aquello era un suplicio.

Se quejaban del reuma que les tenía tullidos no podía comprenderlos estaban entristecidos.

Ahora ya no somos viejos se dice tercera edad y reuma se ha cambiado por artrosis los mayores, jóvenes por ansiedad.

Vivir en grandes ciudades, se convierte en un infierno, residir aquí en León es como si fuera el cielo.

2

Las pensiones que tenemos nos es que sean abundantes pero bien organizadas tiras para adelante.

En el pueblo se hacía el serano o filandón para sacar unos reales y poder vivir mejor.

Luz eléctrica si había
pero en muy pocas casas
y sólo en la cocina
porque la luz era cara.

Con una lumbre en el suelo
se templaba la cocina
y ya se iban acercando
las amigas y vecinas
hasta las dos de la madrugada
en casa se quedarían.

Lo primero que se hacía
era rezar el rosario
pero todos agarrados
cada uno a su trabajo.

Allá cerca del Teleno,
todos teníamos rebaño
y se vestía de lana
de arriba hasta abajo.

Nuestros mayores ingresos
era la ganadería
también se vendía la lana
pero se dejaba mucha
para tejerla en casa.

Todo llevaba un proceso,
lo primero era lavarla
porque estaba sebosa
y no podíamos hilarla.

Con la rueca y el huso,
qué bien se hilaba la lana
parecía una peonza
y como se iba haciendo
una hermosa mazorca.

3

Aquellas prendas tan buenas
les poníamos dos lanas
para que el frío helado
no pudiera traspasarlas.

Lo primero que se hacía
era para los de casa
se teñía con viki-viki
y qué bonito quedaba.

Todo se hacía a mano
y puntos pero bien lindos
que a la hora de venderlos
te daban más dinerillo.

En Luyego de Somoza
romería los Remedios
lo vendíamos muy rápido
y todo a muy buen precio.

Solamente en maragatos
había esas costumbres
y se vendía muy bien
para trabajar en minas
de Ponferrada y Bembibre.

El serano o filandón
se convertía en fiesta
no teníamos ni radio
por eso ya todos juntos
terminábamos cantando.

Yo no me puedo olvidar
de aquellas buenas costumbres
y buena conformidad
éramos muy muy felices.

Y tan arraigado está
que yo lo llevo en mi alma
y lo quiero expresar
haber si alguna persona
me comprende de verdad.

Cuánto a mí me gustaría
que esta historia tan larga
llegara a nuestros jóvenes
y supieran valorarla.

Las mujeres de las letras leonesas

Por VALSECO

Recientemente me encontré en un periódico con la noticia de que el Congreso de Literatura leonesa correspondiente al ejercicio 2011, en la que hará su quinta edición, se celebrará en torno a la llamada "Escuela de Astorga", en dicha ciudad. Inmediatamente se me vinieron a la mente los nombres de quienes integraron la misma: Juan y Leopoldo Panero, Ricardo Gullón, Luis Alonso Luenigo, y todo un sinfín de personajes (literarios o del mundo de la cultura) ligados a ellos. Casualmente, todos masculinos.

Por curiosidad me fui a consultar cuáles fueron los temas tratados en los congresos anteriores y, aunque éstos eran de muy distinta temática dentro de su relación con las letras leonesas, todos – *si no en su totalidad sí en su mayoría (no he conseguido acceder al programa de todos ellos)* – fueron referidos a escritores, en masculino.

Fue entonces cuando me surgió la pregunta ¿dónde estaban las mujeres de las letras leonesas, o algunas otras del panorama nacional con las que, al igual que con los escritores masculinos, pudieran haber estado relacionados o, al menos, ser coetáneos. Y así me fueron surgiendo una serie de nombres de escritoras (*muy lejos de todas las que seguramente habrá*), unas más conocidas que otras, unas de más trascendencia literaria que otras, que estuvieron ahí, ligadas a los representantes de esta Escuela, por proximidad humana, geográfica o por contemporaneidad. Mujeres como Felicidad Blanc, esposa de Leopoldo Panero, que, como le

ocurrió a tantas otras, vería truncadas sus aspiraciones en aras de su matrimonio. O como Manuela López (Manolita), maestra nacida en Bemibre, y formada en la Residencia de Señoritas que escribió gran parte de su obra en la ciudad de Astorga, donde finalmente moriría. O como Josefina Aldecoa, nacida en La Robla, que, entre los años 1944 -1955, formaría parte de la revista literaria "Espadaña", nacida en León a partir de la iniciativa de una serie de jóvenes escritores críticos con el régimen o poco afines al mismo. Tampoco podemos olvidarnos de Concha Espina, de cuya estancia en Astorga y tierras maragatas hará el próximo año el centenario, momento, el de 1912, en el que gestaría "La Esfinge maragata", y que entre 1933 y 1943 publicaría dos poemarios. Escritoras como Alfonsa de la Torre (*premio nacional de poesía en el año 1951*), Concha Méndez o María Zambrano que, seguramente, coincidieron con Manolita López en la Residencia de Señoritas de Madrid, encontrando con los años – todas ellas – un eco en la Semana de la Mujer astorgana que les ha sido dedicada o en la que han recibido homenaje a su vida y obra.

Ahora que se aborda un encuentro para hablar de "ellos", no estaría mal que también se encontrase un hueco para hablar de "ellas", porque unas y otros formaron parte de una misma realidad histórica, aunque no con la misma suerte. No porque no lo merecieran sino porque las circunstancias han ido echando capas de olvido e indiferencia sobre ellas.

El inicio de una revista

Por **EMILIA GONZÁLEZ ÁLVAREZ**

Desde estas líneas de la revista La Panera os quiero desear, a todas las personas que la leéis y escribís en ella unas Felices Fiestas Navideñas, y muy especialmente a los que se unieron para que siguiera publicándose. Ha sido difícil conseguirlo, ya que la crisis afecta a todos y por consiguiente también a esta. Yo le tengo cariño, y también a la coordinadora y a mis antiguos compañeros, que hace muchos años empezamos juntos a escribir, siendo novatos, pero con mucha ilusión y entusiasmo, después de estar jubilados.

Mercedes primero nos dio unas clases de preparación cara a hacer la revista. Para comenzar, en la primera página “el editorial” que, siempre que se podía, escribía una persona profesionalmente destacada de León; seguidamente “oficios que se pierden”, muchos de los cuales fueron hechos por Jesús; luego “noticias breves” y “páginas de creación”, en la que a mí tanto me gusta escribir, y otros temas culturales y muchos más.

Mercedes, mis antiguos compañeros y yo, fuimos los que luchamos para que La Panera gustara a los que la leyeran, y como éramos pocos, teníamos que incluir más de un trabajo. Ahora, en La Panera, aparte de los trabajos del equipo, participan otras personas. Tengo un buen recuerdo de mis antiguos compañeros, algunos de los cuales ya no escriben en la revista. Solo quedamos Mercedes y yo desde su inicio, aunque luego se unieron a nosotras hace años nuevas personas que colaboran con sus escritos.

Desde estas líneas me despido deseándoos a todo Feliz y Prospero Año Nuevo 2012.

NOTA DE PARTICIPACIÓN

Permanece abierta la participación para la próxima y otras revistas de la Panera, sin un tema específico, pudiendo enviar textos para cualquiera de las secciones de la misma. Insistimos en resaltar la importancia de que los trabajos sean personales.

Para facilitar nuestro trabajo:

El/la informante deberá **ESPECIFICAR** como **DATOS PERSONALES** su nombre, dirección, D.N.I. y edad (que serán de uso exclusivo para el equipo de redacción de la revista), y nº de carnet de Centro si lo tuviera. En la publicación –salvo que se nos especifique lo contrario– sólo aparecerá el nombre con el que va firmado el trabajo.

Solo se recogerán trabajos exclusivamente presentados escritos a ordenador, con trabajos realizados preferiblemente en letra Times new roman. Podrán ser enviados directamente a la redacción de la revista a través de nuestro correo electrónico **revistalapanera@yahoo.es**, o ser depositados en los Centros, especificando “para la revista La Panera”, siempre y cuando hayan sido impresos con ordenador. **NO SE ADMITIRÁN ORIGINALES ESCRITOS** ni a mano ni a máquina.

Fecha última de recogida de los trabajos: 10 de marzo para que puedan entrar en el siguiente número. Los recogidos después de esta fecha pasarán al archivo de reserva de la redacción, que los irá rescatando para los siguientes números.

Lugar de recogida: Centros de Personas Mayores León I y León II, especificando: para la revista “La Panera”, o a través de cualquiera de los miembros del equipo de redacción.

RECORDAMOS que no será publicado ningún texto –por muy interesante que nos parezca– que no aparezca firmado y suficientemente especificada la identidad del/de la autora, es decir, que no aceptamos la colaboración de personas anónimas. Sin embargo cualquier colaboración podrá aparecer por deseo expreso de su autor/a, sin firma o bajo seudónimo.

MUY IMPORTANTE: la redacción de la revista no devolverá ningún texto que le haya sido enviado, sea o no publicado en la misma.

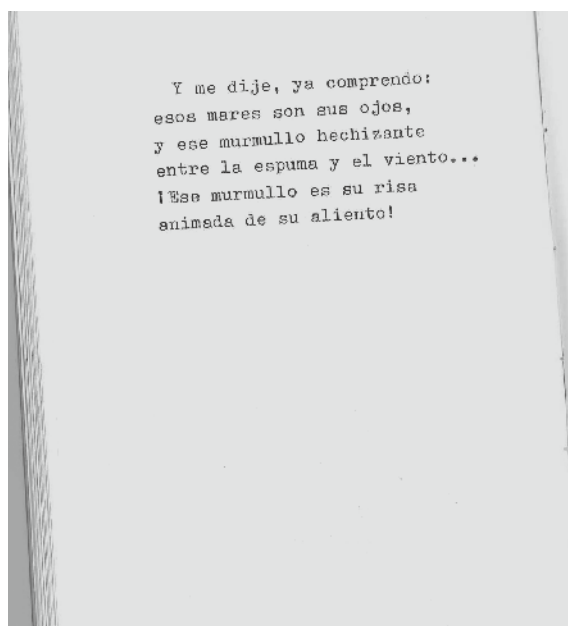
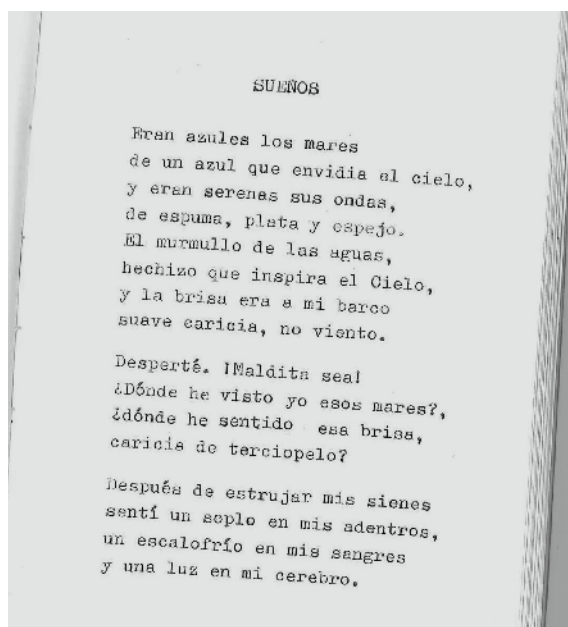
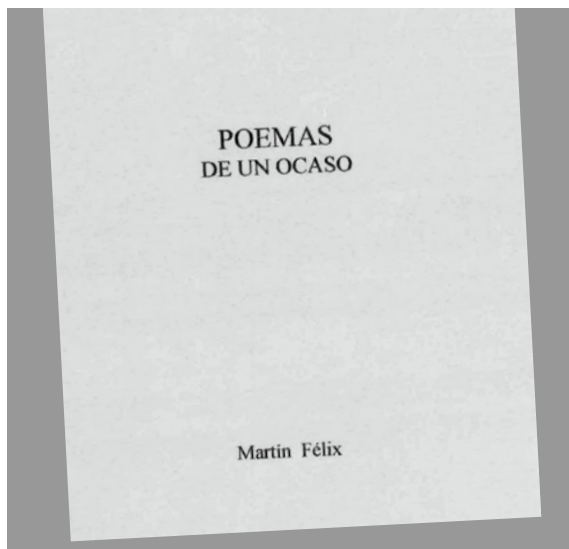
Seguimos insistiendo en la importancia de mantener nuestra memoria entrenada para alejar el fantasma más temido en la vejez, el olvido, que viene asociado tantas veces a demencias seniles y al propio alzhéimer. Recordar, escribir, compartir nuestros recuerdos con quienes nos rodean es una manera de forzar la máquina, de hacer trabajar nuestro cerebro impidiendo que se anquilese en lo rutinario y que cada vez se vaya deteriorando más. Por eso, estos dos trabajos, que hablan precisamente sobre esos aspectos y todo lo positivo que pueden ser para nuestro día a día, los hemos incluido en esta sección a pesar de que el segundo de ellos está resuelto de una forma totalmente literaria. Pero esperamos que ambas experiencias sirvan como ejemplo de lo que cada uno de vosotros es capaz de llegar a hacer.

Archivadores de memoria

Antes de que el "caballito de la memoria", que se encuentra en nuestro cerebro, decida abandonarnos, tenemos que ser nosotros los que busquemos un nuevo cargador. Es entonces cuando aparecen variedades de objetos que nos sirven de archivadores de memoria. Mi amigo Martín encontró su "caballito" en sus libritos, ellos son sus archivadores.

Decirles que es el propio Martín el autor, editor y constructor de sus libros.

¿Y tú? ¿Ya encontraste "tu caballito"?



Ade, yo y la vieja caja de cartón

Por M^a GLORIA LOMBANA

Para todos los que hemos encontrado nuevos "archivadores de memoria"

María.

Noté como todo a mí alrededor se movía. ¿Qué estaba pasando? Hacía mucho tiempo en que sólo había oscuridad. Casi no me acordaba de cómo era la luz, se sintieron voces...

- *Abuelita, ¿qué contiene esa caja? Está vieja y sucia.*

- *Tal vez, pero te aseguro que guarda mi mayor tesoro.*

- *¿Qué son, tus joyas?*

- *Algo mejor, ten paciencia y pronto lo veras.*

De repente dejé de moverme. Un rayo de luz apareció ante mí. Poco a poco se fue agrandando hasta que pude ver que una cara rugosa y coronada de canas me miraba y me sonreía con dulzura. Unas manos temblorosas me cogían con suavidad y con un paño me limpiaba el polvo hasta que quedaron al descubierto mis azules vestiduras.

- *Abuelita, ¿qué es esa cosa?*

- *Esta cosa es mi diábolo.*

- *Pero, ¿y tú tesoro?, ¿donde está tú tesoro?*

- *Este es mi tesoro y mi compañero de juegos. Con él transcurrieron momentos felices. Fuimos cam-*

peones y nunca nadie se elevó tan alto ni con tanta elegancia. Cuando regresaba de las alturas yo lo recogía, lo depositaba en la cuerda y lo balanceaba. Repetíamos nuestra hazaña una y otra vez y un coro de observadores nos vitoreaba con frenesí. Nadie pudo superar nuestro record.

Ahora lo comprendía todo. Aquella señora de la corona de canas era Ade, ¡mi Ade! Los recuerdos volvieron a mí. Cuando la conocí me encontraba al lado de unas zapatillas envuelto cuidadosamente con papel de estraza. Yo era su regalo del día de los Reyes Magos.

Amanecía cuando sentí que rompían el papel que me cubría. Los ojos expectantes de una niña me observaban. Pasaba sus pequeñas manos por mi flamante pintura azul. Me depositó en el suelo mientras sujetaba los palillos. Con uno de ellos me empujó hasta que estuve en el centro de la cuerda. Abrió sus brazos y yo salí volando hasta que aterricé bruscamente en el piso. Fue la primera caída de las muchas que sufriría. Me recogió en sus manos y me limpió en su vestido. Con voz emocionada gritó:

- *Madre, madre ¡mira! los Reyes Magos me trajeron lo que les había pedido, un diábolo, mi diábolo azul.*

Me mostraba con orgullo y vanidad. Supe entonces que seríamos amigos. Efectivamente, así fue. Compartimos muchísimas cosas inolvidables. A veces, cuando sonaba una sirena y se escuchaba el rugido de los aviones, Ade me cogía y me apretaba con nerviosismo. Después corría y corría hasta llegar a un lugar oscuro y húmedo donde se encontraban hacinadas muchísimas personas. Allí había un gran silencio roto sólo por los sonidos continuados de las bombas al explotar. Cuando todo pasaba, la gente iba saliendo lentamente, miraban a todos los lados y sin decir nada, como fantasmas, regresaban a sus casas.

La vida continuaba. Ade y yo seguíamos cosechando triunfos. Cuando pasaron algunos años,



a veces, Ade interrumpía nuestros juegos, me recogía del suelo y mientras me sujetaba con una mano, la otra, alisaba sus cabellos y estiraba sus vestidos. Con nerviosismo me ocultaba detrás de su espalda. Entonces un brazo acariciaba sus hombros. El sudor de su mano sujetándome denotaba turbación. Esto venía sucediendo con frecuencia y un día me di cuenta de que Ade, ¡mi Ade! estaba enamorada. Ya no era aquella niña que sólo dedicaba su tiempo libre a jugar. Había crecido. Ahora compartía sus espacios.

Poco a poco me fui quedando en casa. Cuando salía me depositaba sobre la mesita al lado de su cama. Hasta que un día Ade, convertida ya en una joven mujer, se acercó a mí y suavemente me cogió en sus manos. Pude ver como sus ojos se llenaban de lágrimas. Me besó y con amor, como si de un bebé se tratara, me depositó en una caja. Allí ya se encontraban las presumidas tabas luciendo sus brillantes colores, una enciclopedia, un libro de las Cien Mejores Poesías, muñecas de papel recortadas con sus preciosos vestidos, cromos, cintas del pelo, cristales de colores, múltiples tebeos y muchas cosas más. Me preguntaba qué estaba pasando. No tuve que esperar demasiado,

Ade, ¡mi Ade! nos decía adiós. La etapa de los juegos terminaba. Daba paso así a una nueva vida, su vida de casada.

- Hasta siempre amigos míos. Me voy muy lejos. He de formar una familia. Tal vez algún día regrese.

Con lágrimas en los ojos se volvió y con gran emotividad dijo:

- Madre, cuídeme mucho esta caja. Es muy importante para mí. Ahí están mis juguetes y algo más, son mis amigos y mis compañeros de niñez.

Desde ese día en que volví a ver la luz ha pasado algún tiempo. Ahora voy todas las tardes a un parque. Mientras Ade en un banco y a la sombra de un ciprés lee un libro, su nieta Alina juega conmigo. Ade le ha enseñado todas las técnicas del juego. Noto como cada vez me lanza más alto y me recoge con mayor soltura.

Alrededor de nosotros se reúnen niños y niñas que tienen muchísimos juguetes. Al principio me resultaron extraños. Ahora ya me voy acostumbrando a ellos. No sé por qué ellos me admiran. Parece que les resulto extraño, tal vez sea por mi forma o por el material con el que estoy hecho, soy de goma y metal materiales que ahora ya no se utilizan. Cuando preguntan, Alina con mucho orgullo y un poco de vanidad, les cuenta la historia de la vieja caja de cartón:

- Este es el diábolo de mi abuela. Se lo trajeron los Reyes Magos cuando ella era niña y es su tesoro más preciado. Ahora es mío porque me lo ha regalado. ¿Verdad que es bonito? También tengo tabas, y tebeos y muñecas de papel recortadas a las que les puedo hacer vestidos yo misma... ¡Es una gozada!...

Y mientras Alina les relata toda la historia de su abuela yo miro a Ade. Ella sonrío y escucha a su nieta. Estoy seguro de que por su mente pasan todos los momentos vividos. Los dos estamos otra vez juntos, ¡MI ADE Y YO!

Algunos refranes para reflexionar sobre los aspectos de la salud

Recopilación hecha por **FERNANDO RODRÍGUEZ PELÁEZ**

Y ya que estamos en la sección de salud, dándole importancia a los recuerdos y a la escritura para mantenernos sanos, al menos en lo que a aspectos psicológicos se refiere, dejamos aquí una selección de dichos y refranes hecha en su día por nuestro compañero **Fernando Rodríguez Peláez**, ya fallecido, para reflexionar sobre la salud, más allá del ámbito puramente físico, de las personas mayores. Otra forma de entretener nuestra memoria y mantenerla ágil más allá de las limitaciones que la edad va imponiendo, recordar esos refranes que han formado parte de nuestro día a día, escribirlos, reflexionar sobre ellos e, incluso, compartirlos en tertulias que activen nuestra capacidad de raciocinio.

EL VIEJO QUE SE CURA, CIEN AÑOS DURA

Que se cuida quiere decir. Ese viejo -enseña el refrán- alarga en gran medida los días de su senectud, tanto más que para entonces (como decía Marañón) son muchas las enfermedades de las que el hombre ya no puede morir.

LA VEJEZ ES MUY SEÑORA Y NUNCA VIENE SOLA

Se dice irónicamente, no tanto para poner de manifiesto la respetabilidad que otorga la se-

nectud, como para señalar el cortejo de achaques, dolencias y aflicciones que esa etapa de la vida suele traer consigo.-

CUANTO MÁS VIEJO, MÁS PELLEJO

Moteja a los que, olvidando su condición de ancianos, mantienen hábitos, costumbres y vicios impropios de su edad.

DEL VIEJO, EL CONSEJO

Alude con toda claridad a la experiencia acumulada por las personas mayores y que, con toda certeza, se traduce en la veracidad con la que éstas pueden y deben aconsejar a los jóvenes de todas las edades.

AL BURRO VIEJO, NO LE CAMBIES EL PESEBRE

Quiere decir, con todos los respetos, los inconvenientes con que se puede encontrar una persona mayor, a la que se le cambian bruscamente los hábitos o costumbre, y el domicilio o la vivienda anterior.

Picos de Eupora queridos

Por LUISA MARTÍNEZ PÉREZ

*Montañas, bellas montañas,
cuando estaba en la vuestra loma
me sentía tan dichosa,
que por la noche al dormir
soñaba cosas hermosas.*

*Picos de Europa queridos
lindos recuerdos yo tengo
cuando miraba hacia arriba
y a vuestros desfiladeros.*

*Siempre que daba una voz
me devolvíais el eco,
para mí era lo mejor
nunca vi algo tan bello
pero sí muy parecido
los altos Picos de Gredos.*

*Me gustaría volver,
soy mayor y ya no puedo,
pero me consuelo sí,
con vuestros bellos recuerdos.*

*Yo os trato de usted
porque sois majestuosas,
y me imponéis respeto
sois bellas y seductoras.*

*Os conocí siendo joven,
os diviso hoy lejos,
pero me llega el perfume
que me enviáis con el viento.*

¡Silencio!

Por JULIA CASO

Este pequeño poema, Diego, te lo dedica con mucho cariño tu bisabuela Juli

*Silencio, esta noche ha nacido un niño
de pronto se ha puesto a llorar,
de abrazos le rodeamos, de caricias y de alegrías
que estas nunca le van a faltar.*

*No hay bienvenida mejor,
vino a alegrarnos la vida,
que mejor regalo nos pudo dar Dios.*

*El Sol le entrega su Luz,
la luna le da su Paz,
el Cielo le da su Brillo,
y el mar le da su Sal.*

Silencio, silencio.

Diego llora, su bisabuela le canta muy bajito

*Duerme mi niño duerme, mi vida no lloréis más
que si os escucha el lobo, vendrá por vos Mi Bien.*

*El niño entre mis brazos,
con su suave manecita me oprimió
así se quedó dormido
¡ Duerme entre tanto que yo te velo
duerme que yo te canto ;*

*Dejad que duerma, no despertarlo
el niño sonríe, está soñando.
y mientras, yo me quedo pensando:
¿ estará soñando conmigo?*

*Enhorabuena Virginia,
enhorabuena Miguel
que niño tan precioso tenéis
¡ enhorabuena a los tres!*

Navidad planificada en el Centro

Por **NELY GARCÍA**

- Han ganado Enrique y Esperanza, hay que pagarles el café.

- De acuerdo Anita, ya sabemos que ellos ganan muy a menudo, - dijo Pablo.

- Se acercan las Navidades y estaremos un tiempo sin la partida, ¿cómo lo pasareis?,

- Yo - dijo Anita-, siento mucha nostalgia en estas fiestas. Recuerdo cuando toda la familia nos reuníamos, primero con los niños pequeños, ¡que ilusión con los regalos, aunque fueran humildes, y los villancicos les encantaban. Después de casados, y aunque vivían en otras ciudades, siempre venían por estas fiestas, y otra vez disfrutábamos viendo a los nietos con sus regalos, que eran más abundantes y mejores. Un mes antes preparábamos con ilusión los dulces típicos de Navidad y planificábamos el menú de Nochebuena, siempre pensando en lo que más les diera placer a nuestros hijos y nietos.

- Y ¿qué pasa ahora? - dijo Enrique-. Anita bajo la vista.

- Bueno, ya conocéis mi situación. Hace muchos años que falleció mi marido. Los nietos crecieron y ya no les gustan estas fiestas como antes. Los hijos vienen a veces para que no esté sola, o me invitan a sus casas; pero yo creo captar, en sus buenas intenciones, como algo que tienen que hacer por deber. Y tanto en sus hogares, como

en el mío, me siento desplazada. No es culpa de ellos, ni de nadie, simplemente es una etapa más, de la existencia.

Esperanza la miró con resignación.

- A nosotros nos pasa algo parecido y, en estas fiestas, lo pasamos mal.

Esperanza y Pablo eran matrimonio y les gustaba reunirse por las tardes en el hogar de pensionistas, con Anita y Enrique, viudos los dos.

- Yo también estoy solo - dijo Enrique - y mis hijos ni siquiera vienen. Me invitan a que sea yo el vaya a verlos. Pero tengo pereza, quizás por ese sentimiento de crearme inútil.

Todos le miraban y le comprendían.

En la cara de Enrique se dibujó una sonrisa y dijo:

- Este año puede ser diferente si vosotros queréis.

Todos le miraron con asombro:

- ¡Explícate! - le dijeron-.

- Me he enterado de un lugar en plena naturaleza, y con comodidades, donde personas solas y por un precio razonable, pueden pasar las Navidades en compañía, con celebraciones tradicionales y actividades diversas.

Todos reflejaban en su rostro, una mezcla de alegría y dudas. Cuando Enrique les expuso con toda clase de detalles el lugar y el coste, ya estaban convencidos, irían. A sus hijos les comunicarían que tenían un compromiso, y al mismo tiempo les desearían que lo pasaran bien. Ellos les llamarían el día de Nochebuena. Acto seguido se pusieron de acuerdo para reservar las plazas. En ellos había nacido una nueva ilusión.

Integración con los tiempos

Idealizando los tiempos de celebraciones, ya pasadas, las comparan los ancianos, con sus figuras ajadas.

Su nostalgia puede ser por aquel vigor de entonces y el eje central que eran, sintiéndose entre los suyos, como el as de corazones.

Si el pasado ya no vuelve, y el futuro nunca existe, vivamos aquí y ahora, mientras nos rijan la mente.

A cada tiempo su espacio, en cada etapa, contento, olvidando el sufrimiento en aras de un nuevo día, si nos procura alegría.



Agenda y datos de interés

José Luis Sampedro **último**

Por fin, cuando ineludiblemente se va acercando a la meta de esta larga carrera que ha sido su vida, José Luis Sampedro, escritor, pensador de 94 años, capaz de dejar sin palabras y sin argumentos a cualquier interlocutor que se le sitúe enfrente, ha obtenido el galardón de este año 2011 como Premio Nacional de las Letras. A poco que se hubieran descuidado, el galardón hubiera llegado tarde. Y no sería el único.

Pero no, afortunadamente aun se ha llegado a tiempo y esperamos que esta mente aún tan preclara siga agitando las conciencias de muchos. Desde esta revista nos sentíamos en la obligación de unirnos a las felicitaciones que sin duda está recibiendo, por lo emblemático que puede resultar para nuestro público lector un personaje que, a la par que de economista, ha ejercido como escritor de obras narrativas y teatrales, ha sido senador y profesor y es miembro de la RAE desde 1990.

Son muchas las obras de este personaje que ha conciliado el desempeño de altos cargos administrativos y académicos con una reconocida producción literaria que lo cualifican como uno de los más importantes escritores vivos en lengua española, así como una **referencia intelectual en la España de la segunda mitad del siglo XX**. Entre ellas me gustaría destacar, por el significado que puede tener para nuestro público, *La sonrisa etrusca*, novela que llegó de la mano de su jubilación y cuya lectura hemos recomendado alguna vez desde estas páginas. Otro de sus títulos, anterior a éste, es el de la novela *El río que nos lleva*, que sería llevada en su momento al cine, en una magnífica interpretación de Alfredo Landa de uno de sus

Premio Nacional de las Letras

personajes principales que nos descubrió un nuevo y desconocido registro de este actor.

Un buen momento para recomendar la lectura de sus obras, y una buena propuesta para nuestros regalos navideños.

Eventos literarios para un año que se estrena

El año 2012 será un año que nos llegue cargado de conmemoraciones literarias.

Así, en este año se cumplirán cien años de la publicación del emblemático libro "Campos de Castilla", de Antonio Machado, uno de los nombres más grandes de nuestra literatura. Seguro que se multiplicarán los actos en torno a este inolvidable poeta y su también inolvidable obra. Un momento para releerlo y para estar pendientes de las posibles actividades que se organicen en torno a este evento.

Más cercano en tiempo y espacio, también este año se cumplen los cincuenta años de la muerte del poeta astorgano Leopoldo Panero en la localidad de Castrillo de las Piedras, junto a la ciudad de Astorga. Este escritor, cuyo nombre se va reivindicando poco a poco como un nombre importante en el panorama literario de la época, mantuvo estrecha relación con otros poetas como Luis Rosales, Luis Cernuda y otros, que también pasaron por la vecina ciudad. También

estuvo muy relacionado con Vela Zanetti, con quien compartió la organización de importantes bienales artísticas más allá de nuestras fronteras. Su figura, la de sus compañeros de época en la conocida como Escuela de Astorga, y la de otros importantes personajes del momento con los que compartieron relación, serán objeto de estudio en dos congresos que se sucederán en la ciudad maragata durante el próximo año. Conferencias, mesas redondas, recitales, películas y otras actividades culturales serán una interesante disculpa para conocer más de estos personajes. Aunque será necesario desplazarse hasta la capital maragata para vivirlos de primera mano. También este año se conmemora el cien aniversario del nacimiento de Dionisio Ridruejo, otro de los poetas que conformaron la llamada Generación del 36.

Muchos de los personajes que conformaron la Edad de Plata de las letras españolas, precisamente entre la Generación del 98 y la del 27, se podrán además contemplar en una exposición fotográfica del autor Alfonso Sánchez, uno de los fotógrafos más emblemáticos del pasado siglo XX, también en la ciudad de Astorga. Una muestra que permanecerá abierta hasta el 8 de enero y que puede suponer una interesante propuesta cultural para estas fechas navideñas.





**CONVIVENCIA
INTERGENERACIONAL**
PROGRAMA DE ALOJAMIENTOS COMPARTIDOS
Una experiencia de solidaridad entre generaciones



Universidad de León



Junta de
Castilla y León



Servicios Sociales
de Castilla y León

